

Honorato. En la capilla Brea tocan á rebato. Cada barricada que derriban hace levantar veinte en diferentes calles de París. Los Consejos de guerra están en sesion permanente y mandan fusilar á todos los prisioneros. El 30.º de línea ha fusilado á una mujer. Eso ha sido arrojar aceite al fuego.

„El coronel del 49.º de línea ha presentado su dimision; Luis Bonaparte ha nombrado para que le reemplace al teniente coronel Negrier.

„Se dice que cincuenta miembros de la mayoría han firmado una protesta en casa de Odilon Barrot.

„Esta noche hay ansiedad creciente en el Eliseo y se teme que se intenten algunos incendios: á los zapadores bomberos han unido dos batallones de zapadores ingenieros. Maupas manda vigilar los gasómetros.

„Hé aquí ahora cómo el ejército se ha apoderado de París, estableciendo rehenes en los siguientes puntos estratégicos: en el puente Nuevo y en el muelle de las Flores han colocado la Guardia municipal; en la plaza de la Bastilla doce piezas de artillería y tres obuses; en el extremo del arrabal, las casas de seis pisos las ocupa la tropa de alto á bajo; la brigada Marulaz está en el Ayuntamiento; la brigada Lauboul en el Panteon; la brigada Courtigis en el arrabal de San Antonio; la division Renaud en el arrabal de San Marcelo; en el Palacio Legislativo los cazadores de Vincennes y un batallon del 15.º ligero; en los Campos Eliseos infantería y caballería; en la Avenida Merigny artillería; en el interior del Circo un regimiento entero. Un escuadron de Guardia municipal vivaquea en la plaza de la Delfina. Hay vivac en el Consejo de Estado y vivac en las Tullerías. Han entrado además las guarniciones de San German y de Courbevoie. Ha habido dos coroneles muertos: Loubeau y Quilio. Por todas partes pasan enfermeros y camillas; en muchos puntos hay hospitales de sangre. En la sombría batalla que libra el golpe de Estado hay empeñadas nueve brigadas, cada una con su batería; un escuadron de caballería mantiene las comunicaciones entre las brigadas: hay cuarenta mil hombres, con una reserva de sesenta mil; esto es, cien mil soldados en pié de batalla puestos sobre París. A eso asciende el ejército del crimen. La brigada Rubell, compuesta del 1.º y 2.º de lanceros, protege el Eliseo. Los ministros pasan la noche con Morny, en el ministerio del Interior.

Morny vigila y Magnan duerme. Mañana será un día terrible.”

Escrita esta página, me acosté y me dormí.

TERCERA JORNADA.

La matanza.

I.

Los que duermen y el que está despierto.

La noche del 3 al 4, mientras nosotros, abrumados de fatiga y dispuestos á arrostrar las catástrofes, dormiamos con el sueño apacible del que cumple con su deber, estaban despiertos é insomnes en el Eliseo. Hacia las dos de la mañana, el más infimo de los confidentes del autor del golpe de Estado despues de Morny, el conde Bonet, antiguo par de Francia y teniente general, salia del gabinete de Luis Bonaparte, acompañado de Saint-Arnaud, que era entonces el ministro de la Guerra, como ya sabemos.

Dos coroneles esperaban órdenes en la antesala.

Saint-Arnaud era un general que habia sido figurante en el Ambigú. Empezó su carrera de cómico en un teatro de las afueras y más tarde fué trágico. Señal: estatura alta, seco, delgado, anguloso, bigotes grises, cabellos lisos y cara baja. Era un maton mal educado. Pronunciaba mal esta frase: *Pueblo soberano*. Morny decia riendo:—*Tan mal pronuncia esas palabras, como entiende lo que significan*. El Eliseo, que presumia de elegante, repugnaba aceptar á Saint-Arnaud; pero por lo que tenia de sangriento le perdonaba lo que tenia de vulgar. Era bravo, violento y tímido; poseia la audacia del soldado galoneado y la torpeza de un pobre diablo. Le vimos un día en la tribuna, pálido y balbuceante, pero atrevido. Su rostro era largo, huesoso, y sus mandíbulas inquietantes. En el teatro era conocido por Florival. Era una especie de bravo convertido en *reitre* (1). Sin embargo, murió siendo mariscal de Francia.

Los dos coroneles que esperaban á Saint-Arnaud eran dos hombres á propósito para todo, jefes de dos de esos ejércitos decisivos, que en ocasiones su-

(1) Antiguo soldado alemán.

premas arrastran á los demás regimientos, ó á la gloria, como en Austerlitz, ó al crimen, como el 18 Brumario. Estos dos oficiales formaban parte de lo que Morny llamaba “la crema de los coroneles entrampados y vividores.”

Uno de ellos habia cumplido treinta y ocho años, era redomado, intrépido, ingrato; tres buenas cualidades para hacer fortuna. Años atrás, cuando era capitán, el duque de Aumale, en el Aurés, le habia salvado la vida. Una bala le atravesó el cuerpo y cayó entre los matorrales; las kábilas se arrojaron sobre él para cortarle la cabeza, pero el duque de Aumale llegó con dos oficiales, un soldado y un corneta, dispersó las kábilas y salvó al capitán. Le salvó y le curó. De los dos, el único agradecido fué el salvador. El duque de Aumale le agradeció al jóven capitán que le proporcionase la ocasion de un hecho de armas, y le ascendió á comandante: en 1849 ascendió á coronel y mandó una columna de asalto en el sitio de Roma; despues volvió á Africa, en donde Fleury le sobornó al mismo tiempo que sobornaba á Saint-Arnaud. Luis Bonaparte le hizo coronel en 1851 y contó con él para todo. En Noviembre, dicho coronel le escribia al duque de Aumale: “No se debe esperar nada de semejante aventurero,” y en Diciembre mandó un regimiento de asesinos. Más tarde, en la Dobrudcha, un caballo maltratado se irritó, y dándole un mordisco le arrancó una mejilla.

El otro coronel tenia cuarenta y ocho años y los cabellos grises. Era tambien hombre de placer y de matanza. Como ciudadano, muy abyecto; como soldado, muy valiente. Fué uno de los primeros que saltaron la brecha de Constantina. Era caballero, pero de industria. Luis Bonaparte le ascendió á coronel en 1851. Dos príncipes pagaron sus deudas dos veces; la primera el duque de Orleans y la segunda el duque de Nemours.

Así eran esos coroneles.

Saint-Arnaud les habló durante un rato en voz baja.

II.

El interior del comité.

Desde el amanecer estábamos reunidos en casa de nuestro colega monsieur Grevy é instalados en su gabinete. Michel de Bourges y yo sentados junto á la chimenea; Julio Favre y Car-

not escribian, el primero sobre una mesa cerca de la ventana y el segundo en un pupitre y de pié. Cada momento era menos posible reunirse en sesion. En nombre de la izquierda expedimos y remitimos á Hingray el decreto siguiente para que éste lo imprimiese en seguida, decreto que redactó á vuela pluma Julio Favre:

“REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Los representantes del pueblo abajo firmados, que han quedado libres, reunidos en sesion permanente y extraordinaria, vista la prision de la mayor parte de sus colegas, vista la urgencia;

Considerando que el crimen de Luis Bonaparte, al abolir por medio de la violencia la accion de los poderes públicos, restablece á la nacion en el ejercicio directo de su soberanía, y que todo lo que entorpece actualmente esta soberanía debe ser anulado;

Considerando que todos los procesos incoados y todas las condenas pronunciadas referentes á crímenes ó delitos políticos, quedan anulados por el derecho imprescriptible del pueblo,

DECRETAN:

Artículo 1.º Quedan abolidos en todos sus efectos criminales ó civiles todos los procesos incoados y todas las condenas expedidas por crímenes y delitos políticos.

Art. 2.º En su consecuencia, se ordena á todos los directores de prisiones ó de casas de detencion, que pongan inmediatamente en libertad á todas las personas que estén presas ó detenidas por las causas arriba indicadas.

Art. 3.º Se ordena asimismo á todos los empleados de los tribunales y de la policia judicial, bajo pena de prevaricacion, que anulen todos los procesos incoados por las mismas causas.

Art. 4.º Los funcionarios y agentes de la fuerza pública quedan encargados de la ejecucion del presente decreto.

Dado en París, en sesion permanente, el 4 de Diciembre de 1851.”

Julio Favre, al pasarme el decreto para que lo firmase, me dijo sonriendo:—Pongamos en libertad á vuestros hijos y á nuestros amigos.—Si, le contesté yo; de ese modo tendremos cuatro combatientes más en las barricadas.

El representante Duputz recibió poco despues la ampliacion de este decreto y

el encargo de llevarlo él en persona á la Conserjería, cuando triunfase el golpe de mano que preparábamos sobre la Prefectura de policía y sobre el Hotel del Ayuntamiento. Por desgracia este golpe de mano fracasó.

En aquel momento entró Laudrin. Las funciones que desempeñó en París en 1848 le proporcionaron ocasion de conocer el personal de la policía política y de la policía municipal. Nos dijo que acababa de ver rondar por los alrededores de la casa á algunos hombres sospechosos. Nos encontrábamos en la calle de Richelieu, casi enfrente del teatro Francés, que es uno de los sitios de más tránsito y por lo tanto uno de los más vigilados. Comprendíamos que las salidas y las entradas de los representantes para comunicarse con el comité acabarian por observarse y nos atraerian la visita de la policía. Además Laudrin nos afirmaba que allí corríamos gran peligro y nos conjuró á que nos trasladáramos á otra parte.

Pero dónde habíamos de ir? Espiados dos dias, ya habíamos agotado todos los ofrecimientos: el dia anterior nos negaron un asilo, y en aquellos instantes no nos ofrecian ninguna otra casa. Habíamos cambiado ya diez y siete veces de refugio, trasladándonos algunas veces desde un extremo al otro de París, y estábamos fatigados. La casa que ocupábamos tenia la gran ventaja de una salida trasera á la calle Fontaine-Molière, y nos decidimos á quedarnos, pero adoptando algunas precauciones.

Toda clase de abnegaciones se llevaban á cabo entre los miembros de la izquierda. Uno de los más notables de la Asamblea, de raro talento y de raro valor, Durand-Savoyat, se convirtió desde el dia anterior en nuestro guardian, en ujier, en portero. Puso una campanilla sobre la mesa y nos dijo:—“Cuando me necesiteis, llamad y vendré.” Nos seguia á donde íbamos. Permanecia en la antesala, sereno, impassible, silencioso, con fisonomía grave, con la levita abotonada y con su sombrero de alas anchas, que le daba el aspecto de un ministro anglicano. Abria la puerta de entrada, reconocia á los recién venidos y despedia á los importunos y á los inútiles.

Le llamamos cuando Laudrin nos intimó á que dejásemos la casa. Rogamos entonces á Durand-Savoyat que no permitiese desde entonces que los que venian á vernos se estacionaran en la habitacion, aunque fuesen representan-

tes del pueblo; que tomase nota de las noticias y de los informes, y que solo dejase llegar hasta nosotros á los hombres indispensables. Durand-Savoyat sacudió la cabeza y se volvió á la antesala, contestando:—Éstá muy bien.

Cuando Laudrin y Durand-Savoyat salieron, Michel de Bourges tomó la palabra y dijo:

—El arte de Luis Bonaparte, que copia á su tío en esto como en todo, consiste en lanzar de antemano un llamamiento al pueblo, un escrutinio próximo, un plebiscito; en una palabra, en hacer que surja en apariencia su gobierno en el mismo instante en que derriba otro. En las grandes crisis, en las que todo vacila y parece que vá á caer, el pueblo necesita apoyarse en algo, y aceptará la soberanía de Bonaparte si no tiene otro punto de apoyo. Pues bien; es necesario que ofrezcamos al pueblo por punto de apoyo su propia soberanía. La Asamblea de hecho estaba muerta. La izquierda, que era un fragmento popular de esa Asamblea odiada, solo podria sostener así la situacion durante algunos dias: necesitaba que fortificara sus fuerzas la soberanía nacional. Hubiera sido conveniente para nosotros apelar al sufragio universal, oponer voto á voto, poner al pueblo soberano frente á frente del usurpador y convocar inmediatamente otra Asamblea.

En seguida propuso redactar otro decreto.

Michel de Bourges tenia razon. Detrás de la victoria de Luis Bonaparte veia levantarse algo detestable, pero ya conocido: el Imperio.

Convocar cuanto antes fuese posible una nueva Asamblea, era tranquilizar los espíritus durante el combate y atraérselos despues.

Hacia ya algun tiempo que, sin dejar de oír á Michel de Bourges y á Julio Favre, que le apoyaba, creíamos oír en la antesala contigua un murmullo parecido á un cuchicheo. Julio Favre habia preguntado varias veces:—¿Quién estará en la antesala?—Ninguno, le contestaron, porque encargamos á Durand-Savoyat que no permitiese que quedase allí nadie. Continuó la deliberacion y el cuchicheo tambien, creciendo insensiblemente, hasta que Carnot abrió la puerta para ver lo que era. La antesala y el salon contiguo estaban llenos de representantes que conversaban tranquilamente.

Sorprendidos de esto, llamamos á Durand-Savoyat.

—No entendísteis nuestro encargo? le preguntó Michel de Bourges.

—Sí, le respondió Durand-Savoyat.

—¿Han señalado la casa y corremos peligro de ser presos? replicó Carnot.

—Y muertos aquí mismo? añadió Julio Favre con su tranquila sonrisa.

—Pues bien, respondió el interpelado con mirada más tranquila aun que la sonrisa de Favre; la puerta del gabinete está oscura y ni siquiera se conoce que es puerta. He hecho quedar á los representantes en el salon y en la antesala para que formen como una muchedumbre. Si la policía y los soldados vienen, les diré: “Aquí estamos”; nos prenderán, y como no verán la puerta disimulada del gabinete, no llegarán hasta aquí. Nosotros pagaremos por vosotros, y aunque necesiten más cadáveres, se tendrán que contentar con los nuestros.

Sin sospechar que acababa de decir palabras dignas de un héroe, Durand-Savoyat se volvió á la antesala.

Nosotros reanudamos la discusion del decreto. Por unanimidad creimos útil la convocacion inmediata de otra Asamblea. Luis Bonaparte habia designado el 20 de Diciembre para la realizacion de su plebiscito, y nosotros escogimos el 21. Cuestionamos sobre el nombre que debíamos dar á la nueva Asamblea. Michel de Bourges queria que la titulásemos *Convencion nacional*; Julio Favre que se llamara *Asamblea Constituyente*; Carnot que la designásemos *Asamblea soberana*, que no despertaba ningun recuerdo y dejaba el campo libre á todas las esperanzas. Fué adoptado este último.

El decreto, cuyos considerandos escribió Carnot mientras yo le dicté, se redactó en los siguientes términos. Este decreto se llegó á imprimir y á fijarse en las esquinas:

“Núm. 5.

DECRETO.

El crimen de Luis Bonaparte impone grandes deberes á los representantes del pueblo que han quedado libres.

La fuerza brutal quiere hacer imposible el cumplimiento de estos deberes.

Perseguidos, errantes de asilo en asilo, asesinados en las calles, los representantes republicanos deliberan y obran á pesar de la presion de la infame policía del golpe de Estado.

El atentado de Luis Napoleon al destrozarse todos los poderes solo ha dejado en pié una autoridad, la suprema, la del pueblo: el sufragio universal.

Solo al pueblo incumbe recoger y reconstituir las fuerzas sociales, hoy dispersas.

En su consecuencia, los representantes del pueblo decretan:

Artículo 1.º Se convoca al pueblo el 21 de Diciembre de 1851 para que elija una Asamblea soberana.

Art. 2.º La eleccion se hará por medio del sufragio universal, segun las formas que prescribe el decreto del Gobierno provisional del 5 de Marzo de 1848.

Dado en París, en sesion permanente, el 4 de Diciembre de 1851.”

Cuando acababa de firmar el decreto, Durand-Savoyat entró y me dijo en voz baja que una mujer me esperaba en la antesala. Salí y me encontré con la señora de Charrasin, cuyo marido habia desaparecido. El representante Charrasin era economista, agrónomo, sábio é intrépido. El dia anterior le vimos en los sitios más peligrosos. Ni nosotros ni su señora sabíamos dónde estaba; ella fué á informarse á Mazas, y un coronel, que pertenecia al mismo tiempo al ejército y á la policía, la recibió y la dijo:—Solo puedo permitirlos que veais á vuestro esposo con una condicion.—¿Con cuál?—Con la condicion de no hablarle de política.—Bien.—Dadme vuestra palabra de honor. Ella le respondió:—No os puedo dar mi palabra de honor, porque yo no recibiria la vuestra.

Solo volví á ver á Charrasin en el destierro.

Poco despues volvió Teodoro Bac trayéndonos la siguiente protesta del Consejo de Estado:

“PROTESTA DEL CONSEJO DE ESTADO.

Los abajo firmados, miembros del Consejo de Estado, elegidos por las Asambleas constituyente y legislativa, reunidos, á pesar del decreto del 2 de Diciembre, en el local de sus sesiones, que han encontrado cercado por la fuerza armada, que les ha impedido ocuparlo, protestan contra el acto que ha proclamado la disolucion del Consejo de Estado, y declaran que solo la fuerza les ha obligado á cesar en sus funciones.

París 3 de Diciembre de 1851.

Firmado: BETHMONT, VIVIEN, BUREAU

DE PUZY, STOURM, ED. CHARTOU, CUVIER DE REUNEVILLE, HORACE SAY, BOULATIGNIER, SAUTIER DE RUMILLY, DE JOURNAL, DUNAYER, CARTERET DE FRESNE, BOUCHENAY LEFER, RIVET, BOUDET, CORMENIN, PONS DE L' HERAULT.,

Referiremos lo que habia sucedido en el Consejo de Estado. Luis Bonaparte hizo que el ejército expulsara á la Asamblea, la policia al Tribunal Supremo, y que un portero expulsase al Consejo de Estado.

El 2 de Diciembre por la mañana, á la misma hora en que los representantes de la derecha iban desde casa M. Daru á la Alcaldía del 10.º distrito, los consejeros de Estado se dirigian al palacio del muelle de Orsay.

El muelle estaba lleno de soldados. Un regimiento vivaqueaba allí, teniendo los fusiles formados en pabellones.

En cuanto se reunieron treinta consejeros empezaron á deliberar, redactaron un proyecto de protesta, y cuando iban á firmar, el portero entró pálido y balbuciente, diciéndoles que en virtud de órdenes superiores les invitaba á salir.

Algunos consejeros de Estado declararon que, á pesar de estar muy indignados, no pondrian sus firmas al lado de las de los republicanos; este era un modo indirecto de obedecer al portero.

M. Bethmont, uno de los presidentes del Consejo de Estado, les ofreció su casa como punto de reunion, y los miembros republicanos acudieron allí y firmaron sin discusion la protesta que acabamos de insertar.

Algunos miembros que vivian en barrios extraviados no pudieron asistir á la reunion; pero el más joven de los consejeros, M. Chartou, que era hombre de corazón firme y de carácter noble, se encargó de llevar la protesta á los colegas ausentes.

Esto lo realizó con gran peligro y á pié, por no encontrar ningun coche, y fué detenido por los soldados, que querian registrarle. Sin embargo, consiguió ver algunos consejeros de Estado; unos de ellos firmaron y otros se negaron á firmar, alegando uno de los últimos su edad avanzada, otro la *res augusta domi*, y otros el miedo de que esto favoreciese á los rojos.—Decid el miedo á secas, les contestó Chartou.

Al dia siguiente, Vivien y Bethmont entregaron la protesta á Boulay de la Meurthe, que era vicepresidente de la

República y presidente del Consejo de Estado; les recibió de bata y les contestó:—*Marchaos. Perdeos si esto os place, pero no me comprometais.*

En la mañana del dia 4, Cormenin borró su firma, alegando esta excusa inaudita y auténtica:—La frase "antiguo consejero de Estado," hace mal efecto en un libro, y temo perjudicar á mi editor.

Otro detalle característico: la mañana del dia 2, M. Behic llegó cuando se estaba redactando la protesta. Entreabrió la puerta, cerca de la que estaba Gautier de Remelly, uno de los más respetables miembros del Consejo de Estado. M. Behic le preguntó:—Qué hacen? Están cometiendo un crimen? Gautier le respondió:—No, están redactando una protesta. Al oír esta palabra, M. Behic cerró la puerta y desapareció.

Más tarde, durante el Imperio, reapareció siendo ministro.

III.

El Eliseo por dentro.

La mañana de aquel dia el doctor Ivan encontró al doctor Couneau; se conocian y se hablaron. Ivan pertenecía á la izquierda y Couneau al Eliseo; el primero supo por el segundo los pormenores de lo que sucedió durante la noche en el Eliseo, pormenores que él nos transmitió.

Acababan de redactar un decreto inexorable que iban á fijar en las esquinas, en el que se mandaba á todos que se sometieran al golpe de Estado. Lo dictó Saint-Arnaud, que, como ministro de la Guerra, debia firmarlo. Al llegar al último párrafo, que decia:—"El que sea sorprendido construyendo una barricada, fijando una proclama de los representantes ó leyéndola, será..."—Al llegar aquí Saint-Arnaud se paró; Morny, encogiéndose de hombros, le arrancó la pluma de las manos y escribió: *fusilado*.

Supimos las siguientes noticias:

Un guardia nacional llamado Boillay estuvo de guardia en el Eliseo la noche del 3 al 4. Las ventanas del gabinete de Luis Bonaparte, situado en el piso bajo, estuvieron iluminadas toda la noche. En el salon contiguo se celebró Consejo de guerra; desde la garita, Boillay veia dibujarse en los cristales contornos negros y sombras gesticuladoras, que eran Magnan, Saint-Arnaud, Persigny y Fleury; los espectros del crimen.

Korte, general de coraceros, fué llamado, lo mismo que Carrelet, que mandaba la division que más trabajó el dia siguiente. Desde las doce de la noche hasta las tres de la madrugada generales y coroneles iban y venian. Tambien acudieron capitanes sencillos. A las cuatro llegaron coches, de los que se apearon mujeres. La orgía no se separó jamás de aquel crimen. El retrete en el palacio correspondia al lupanar de los cuarteles.

El patio estaba lleno de lanceros, que sostenian de las riendas los caballos de los generales que estaban deliberando.

Dos de las mujeres que fueron al Eliseo aquella noche pertenecen hasta cierto punto á la historia. Siluetas como éstas se ven en los segundos planos. Estas mujeres influyeron sobre algunos generales desgraciados. Las dos pertenecian á la alta sociedad. Una de ellas era la marquesa de***, á la que aconteció la aventura de enamorarse de su marido despues de haberle engañado; reconoció que el amante no valia tanto como el esposo; esto sucede algunas veces. Era hija del más fantástico de los mariscales de Francia y de la linda condesa de***, á la que Chateaubriand, despues de una noche de amor, dedicó los siguientes versos, que se pueden publicar hoy por haber muerto los dos amantes:

*La claridad del alba el cielo azul colora
Y nuestra cita viene á iluminar su luz;
Pero jamás se abren los labios de la aurora
Con la sonrisa hermosa con que sonríes tú.*

La sonrisa de la hija era tan dulce como la de la madre, pero más fatal: la otra era la señora K..., rusa, blanca, rubia y alegre, mezclada en la diplomacia subrepticia, que poseia y enseñaba una arquilla llena de cartas amorosas del conde de Molé, que era espía, pero encantadora y terrible.

Las precauciones que se tomaron á todo evento se veian desde fuera de palacio; desde el dia anterior se divisaban en el patio del Eliseo, desde las ventanas de las casas vecinas, dos sillas de posta enganchadas, dispuestas á partir, con los postillones ya montados. En las caballerizas del Eliseo tambien se veian coches y caballos preparados para salir. Luis Bonaparte no durmió; pasó la noche dictando órdenes misteriosas; por eso al dia siguiente apareció en su fisonomía pálida una especie de espantosa serenidad. Tiene aspecto terrible el crimen que se tranquiliza. Aquella mañana

casi se rió. Morny entró en su gabinete; Luis Bonaparte, que tenia calentura, habia hecho llamar á Couneau, que asistió á la entrevista. Morny le dió cuenta de varios informes de la policia. Dos obreros de la imprenta Nacional se negaron en la noche del 2 á imprimir los decretos y las proclamas, y los encarcelaron en el acto. El coronel Forestier estaba preso. Le trasladaron al fuerte de Bicetre, con Crocé-Spinelli, Genillier, Hippolyte Magen, escritor de talento y animoso; Goudouneche, director de colegio, y Polino. Este último nombre habia chocado á Luis Bonaparte.—¿Quién es ese Polino? Morny le respondió:—Un antiguo oficial que estuvo al servicio del Shah de Persia, una mezcla de Don Quijote y de Sancho Panza. Hemos encerrado á los prisioneros en la casamata número 6. Luis Bonaparte volvió á preguntar:—¿Qué son casamatas? Morny le respondió:—Cuevas sin aire y sin luz, de veinticuatro metros de longitud y de ocho de latitud, de cinco piés desde el suelo al techo, con paredes que chorrean y con piso húmedo. Luis Bonaparte interrogó:—¿Les han dado haces de paja? Morny contestó:—Aun no; más tarde veremos. Los detenidos á ser deportados están en Bicetre; los que han de ser fusilados en Ivry.

Morny tenia amplios poderes de Luis Bonaparte, y le enteró de que habia mandado poner guardias en todos los campanarios, sellar todas las imprentas, encerrar todos los tambores de la Guardia nacional, para que no saliese ni una sola proclama de la imprenta, ni tocasen á llamada en ninguna Alcaldía, ni á rebato de ningun campanario.

Luis Bonaparte preguntó si estaban completas todas las baterías, esto es, si constaban todas ellas de cuatro piezas y de dos obuses. Tenia expresamente recomendado que solo se emplearan piezas de á ocho y obuses de diez y seis centímetros de diámetro.

—Es verdad, dijo Morny, que estaba en el secreto; todas ellas tendrán que trabajar. Despues, ocupándose de Mazas, refirió que seiscientos hombres de la Guardia republicana acampaban en el patio de dicha fortaleza, y que en caso de ataque lo defenderian hasta el último extremo; que los soldados acogian riendo á los representantes presos, y que corrían por ver de cerca á M. de Thiers; que los oficiales apartaban á los soldados; que habia tres presos absolutamente in-comunicados, que eran Greppo, Nadau